

Manixnāh

El soñador

Jessica Naranjo Maza

Era mi cumpleaños número 45 y no me esperaba que mucha gente llegara a la pequeña cabaña donde pasaba los fines de semana con mi madre y mi hermana, o simplemente yo sola cuando regresaba cansada en las madrugadas después de trabajar en la morgue.

Ese día llegaron pocos de mis pocos amigos y unos que otros conocidos, pero lo más importante eran mi mamá Hope y Zulen mi hermana que habían preparado el convivio con tanto amor y esmero para pasar un buen rato en compañía.

-¡45 años hija!- me dijo sorprendida mi mamá, poniendo sus ojos grandes de emoción a pesar de su avanzada edad. Había luchado 81 años para darnos lo mejor hasta ahora y quedarse con nosotras sus hijas.

-¡Sí!, ya 45 años y puedo decir que mi vida está completa, sin importar mis arrugas y achaques que tengo. De todas formas, seguimos siendo bellas-, le decía en voz baja, emocionada por supuesto.

Hubo risas mezcladas con carcajadas, pláticas y pláticas sin fin que duraron hasta la mañana siguiente. Era un ambiente agradable y que como muchos otros hogares, el uso del celular se había reducido para evitar distraerse y se valorara la comunicación oral. El mundo estaba inmerso en una tecnología significativa y perfecta para las necesidades específicas de los humanos porque todos estaban interconectados en cuerpo y mente.

Mediante la vista, el oído y el habla podías almacenar los momentos más importantes de cualquier reunión fuera en el trabajo, la familia, los amigos o en ti mismo. Todos, sin excepción de nadie (por lo que yo sabía), guardaban en sus cuerpos células USB capaces de almacenar ilimitadamente lo que percibíamos del mundo y, es por eso que los sentidos se convirtieron en la mejor forma de almacenamiento gracias a estas células.

Los celulares que antes conocíamos, se habían extinguido y ahora la telepatía los reemplazaba con éxito. Los avances en neurociencias eran impactantes para entender la evolución de nuestro cerebro y de qué formas podía ser útil para perfeccionar la comunicación, el lenguaje y el pensamiento en sincronía.

Para estos tiempos el alcohol ya estaba dosificado y permitido, sola y exclusivamente, para la gastronomía y la industria automotriz; todo esto se logró para evitar la creciente mortalidad, trastornos, violencia, daño cerebral y demás que causaba el consumo excesivo de esta sustancia. Solo faltaba convertir el cigarro tóxico en una solución más seria contra las enfermedades respiratorias y cardiopulmonares, una especie de cigarro con micro cápsulas de oxígeno puro: en vez de inhalar muerte, inhalarían más vida.

-Me agrada la idea de que el nuevo régimen de gobierno universal haya creado políticas más sustentables, pero sobre todo el que las personas

adopten una nueva mentalidad-, me comentaba mi hermana. Ella trabajaba en el ámbito de seguridad y telecomunicaciones, además de ser una excelente ingeniera médica ya que ella cubría un perfil amplio en habilidades e inteligencias múltiples para ocupar cualquier puesto, en cualquier lugar del mundo.

-Todo ha estado cambiando, tal y como muchos hemos anhelado tener. Jamás me imaginé que este gobierno fuera pacífico y acorde a las necesidades del planeta. Pero lo más importante, es que nosotros también elegimos prudentemente ante nuestras necesidades porque nuestros cuerpos ahora están siendo depurados. El mundo ha cambiado demasiado, ni siquiera me lo esperaba pero aun así todo está teniendo sentido, como debe de ser.

Dije con alivio, aún con esperanzas de que las pocas guerras, los ataques nucleares y terrorismo que todavía acechaban, se controlaran hasta ser eliminados para siempre.

Dicha mentalidad era más equilibrada y valorada por la mayoría de los habitantes de la Tierra; los pocos que faltaban estaban en proceso de aceptación para esa mentalidad, mediante la ingesta de una píldora esterilizadora, capaz de eliminar todos los defectos humanos y así no dañar la integridad de la misma persona.

Todos comprendían y aceptaban sus actos, para cambiar y trabajar por la humanidad y el medio ambiente.

-¿Jeka?- escuché detrás de mí una voz grave. Vi que era mi mejor amigo Elir que ya se despedía para ir a trabajar, sin importar la desvelada que se había dado.

-¿Ya te vas?- pregunté algo desorientada debido al sueño que pesaban en mis ojos.

-Sí porque tenemos que terminar las obras de construcción de los elevadores espaciales que conectan a la Luna. Falta poco para que todo sea un éxito.

-¡Ojalá sí! Salúdame a Sanine y a los niños. Gracias por venir y por el libro de cuentos también-. Dije agradecida por el regalo que me había traído.

-Espero te guste. Lo bueno que lo rescaté antes de su extinción, con eso de que ya no existen los libros impresos. Ahora los DiBooks son la tendencia de este futuro pero a la vez no me parece justo eliminar los libros para nuestras generaciones venideras.

Los DiBooks eran libros digitales que estaban en todos los idiomas y podías descargarlos desde OrbeTrópolis, lo que antes se conocía como "Internet".

El mundo se había acostumbrado a ellos, ya no usaban los libros impresos y los últimos de estos estaban siendo reemplazados por esta nueva creación.

Elir tuvo suerte de recoger el último para regalármelo... sí que me iba a

gustar leerlo, como siempre para contárselo después a mis coworkers (*compañeros de trabajo*).

-Luego vas a casa para que conozcas a Hélix, el nuevo androide que he creado.

-¡¡¿Enserio?!!!!-, casi lo gritaba sorprendida que hasta el sueño que sentía se esfumó. -¿Ya lo tienes? Consévalo hasta que yo vaya... pronto tendré el mío.

-¡¡Magnífico!!-, respondió emocionado. -Bueno, te dejo porque llegaré tarde. ¡Adiós!.

-¡Au revoir! (*adiós en francés*)-, me despedí mientras subía a su coche. Me quedé sentada en las escaleras esperando a que dieran las 10 a.m. para ir al complejo escolar. Necesitaba trabajar con los coworkers, un grupo conformado de niños, adolescentes y adultos de todas las edades, con acceso a educación gratis y universal. La idea de "alumnos" se había cambiado de nombre a "coworkers" porque trabajábamos para el bien de la humanidad, todos por igual para enseñar y aprender mutuamente. Lo que importaba eran las capacidades y habilidades, fueran grandes o suficientes pero aun así todos eran individuos inteligentes. Trabajaban en conjunto, mediante una visión constructivista y humanista, que junto con la enseñanza-aprendizaje hacían de un mundo abierto.

Decidí entrar a casa una vez que todos se habían ido, menos mi mamá y mi hermana que estaban en la cocina limpiando. Bajé hacia uno de los dos sótanos donde se encontraba mi laboratorio, para terminar de descargar un paquete mental guardado en mi cerebro. Había estado trabajando en algo maravilloso: en mi propio androide. Dicho paquete contenía la personalidad de este y gracias a mi mente pude crearlo durante una semana.

Ya casi estaba listo, solamente debía descargar dicho paquete a una pantalla computarizada que se conectaba a una esfera incubadora, con agua pura parecido a un vientre materno con los elementos necesarios. En una semana se desarrollaría y el propósito para crearlo consistía en tener un apoyo de trabajo además de ser un amigo.

-Ya me voy mamá. Dejé ya la incubadora conectada, espero que para la semana que ya viene ya lo pueda tener-. Dije mientras me preparaba para ir a trabajar.

-¿Tener qué?- su voz sonó preocupada.

-Mi androide. Ya te contaré después... voy tarde.

Salí corriendo, tomé la camioneta híbrida y conduje hasta el complejo escolar. Al llegar, bajé y saludé a los que pasaban a mi lado; desde que empecé a ejercer el trabajo como criminóloga, mi vocación docente era un universo en acción para acercar a muchas personas a la educación.

La semana había llegado y en dos días el androide nacería en persona, pero esta vez mi mamá me había contactado en mi mente, telepáticamente en silencio y asustada. Era de noche y me encontraba en la morgue examinando un cuerpo, de alguien que había muerto en una de las construcciones de los elevadores espaciales; el sujeto cayó de una altura muy peligrosa causándole un derrame cerebral... algo trágico para mí.

Una vez recibida, la llamada conduje hasta casa y al llegar, ella estaba fuera de la cabaña, sola con las luces apagadas.

-¡¡Qué pasa!!- le pregunté alterada. Estaba lista para lo que fuera y con mi arma cargada. ¿En qué momento logré tenerla en mis manos?

-Escuché un ruido debajo... en el sótano creo. No quise bajar, me espanté y más aún con esa pistola en las manos-. Dijo con desaprobación.

-Quédate aquí... no llames a nadie. Aléjate, sube al coche. Si escuchas disparos no entres por mí. Vete, estaré bien... confía en mí-. Mi voz se quebró al decir lo último.

Mamá casi lloraba pero sabía que era fuerte, así que corrí apuntando hacia el frente y ya en el sótano, todo era oscuridad. Podía escuchar los ruidos, no estaba segura de lo que me encontraría, esperaba que fuera un animal o lo que fuera, porque un ladrón sería imposible y raro que husmeara en una casa.

La luz se activó cuando entré e iluminó el laboratorio: ¡¡¡todo estaba en su lugar!!! no veía algo raro y entonces...

-¡¡¡¡¡¡¡¡Aaaahhhhh!!!- grité tan fuerte como una guerrera en campo de batalla, girando sobre mis talones al mismo tiempo que apuntaba. Me bloqueé en ese momento, ¡no lo sé por qué!, el miedo me había ganado pero no por proceder a matar a alguien, sino por lo que estaba a punto de echar a perder. Sobre un charco pegajoso se retorcía como un pez fuera de su pecera, tratando de salir de una tela transparente que lo enrollaba.

-No puede ser...- dije en voz baja y asustada. No podía creerlo, simplemente no podía contener mi emoción mezclada con el miedo en ese instante.

¡Era el androide en persona! Cogí una manta para cubrirlo y arrastrarlo hacia una superficie seca, busqué un bisturí para sacarlo de esa tela y contemplar una maravilla ante mis ojos: piel pálida, cabello lacio y negro, delgado de complexión robusta, alto según mis cálculos, nariz perfilada, labios delgados y rojos... ¡un sinfín de características!

Sus ojos estaban cerrados mientras tosía líquido de sus pulmones. Me quedé un rato hasta que me concentrara en él... estuve a punto de arruinarlo pero ya estaba todo bien. Y abrió sus ojos, tan grandes con sus pestañas largas y un hermoso gris cristalino que me impactó. Era perfecto en todos los sentidos.

-¡¡Cristo!!!- entró mamá corriendo hasta abrazarme. Había estado alerta pero, ¡¿qué hacía aquí?!

-Era él... mi androide- dije casi llorando mostrándoselo.

-¡¿Esto?! ¡Es el colmo! Pero... míralo, está bien guapo.

-Lo sé- dije algo sonrojada. -Es la ventaja de diseñar androides con tu mente, como a ti se te antoje siempre y cuando sea para que te ayude en tus actividades y te acompañe en todo momento. Ese es el propósito de su creación y porque también lo voy a proponer como una forma de acompañamiento para personas discapacitadas o aquellos que corren peligro de ser asaltado o lo que sea. El mundo está lo suficientemente avanzado para mejorar la calidad de vida de las personas.

-Bueno, bueno... lo importante es que eres inteligente para estas cosas. Cúbrela bien para subirla al sofá. Pero lo tendrás que bañar porque huele raro.

-Él solo lo hará... solo quiero que hable-. Era lo único que imploraba.

¡Y sí que habló enseguida! Pero, repetía algo que no entendía, una y otra vez en voz baja.

-¿Pardon?-, pregunté enseguida acercándome a él.

-It's time. They need help. You can do it, but it's now or never.

Su voz se quebraba con cada palabra, y trataba de entender quienes necesitaban ayuda, rebuscaba en mis pensamientos y recuerdos, me esforzaba por traer algo pero no había nada. Todo el tiempo tenía

proyectos, sueños y sueños por cumplir, fuera trabajo, educación, igualdad, seguridad... poco a poco lo estaba logrando pero sentía que algo faltaba y tal vez era lo que este ser trataba de hacerme entender.

-Bien, puedo entender muchas cosas pero necesito que me expliques-, le repliqué con firmeza.

-Parecía un sueño al principio pero me has compartido tus pensamientos desde que me creaste. Pero es un sueño que te pertenece y quieres hacer pronto, ¿no te acuerdas?-, su voz sonó triste mientras me miraba.

-No, estoy confundida y la verdad... espera-, dije algo sería, los recuerdos empezaban a despejar mi mente. Tenía razón y lo había olvidado pero gracias a él, era el momento de poner manos a la obra. Esta vez le conté:

-Hace un tiempo, yo quería que las comunidades indígenas que quedan en nuestro país conservaran sus orígenes para enseñar a los demás, y más las lenguas indígenas. Ahora que me acuerdo bien, hemos perdido varias y otras están a punto de extinguirse y si no incluimos estas lenguas en los complejos sería un fracaso. Yo quiero que nuestros antepasados vivan a través de todos los tiempos.

-Tu hermana puede ayudarte. Ya vez que ella está trabajando en la reconstrucción de las carreras universitarias, los intercambios interculturales con otros países, ¡bueno!, infinidad de cosas. Van a volver al tema de la

educación superior, con eso de que querían eliminarla-. Mi mamá opinó animada.

-Eso ya lo habíamos platicado y es una buena idea poder colaborar con ella. Tengo que empezar a organizarme.

Mi hermana platicó conmigo acerca de cómo llevar a cabo este proyecto, junto con otros compañeros. La ventaja que teníamos, era que el gobierno podía brindarnos lo necesario, ya que se encargaba de administrar los recursos y establecer el orden de los habitantes de este mundo.

-Estamos a punto de echar a andar esto. Hemos reunido mucha gente para esto y solo nos queda respuesta del gobierno, si colabora con la idea de reabrir la educación superior.

Y así pasó. Al cabo de un par de días recibimos respuesta por parte del gobierno, el cual aceptaba nuestro compromiso y que estaba dispuesto a brindar los recursos para poder invertirlo en las comunidades indígenas de México. El reto y problema que nos planteaba, era de encontrar la forma de conservar las lenguas de los individuos, algo que pudiera almacenar datos históricos, recuerdos, memorias, todo.

-Puedes hacerlo con los coworkers, son mentes distintas e interesantes, capaces de hacer algo magnífico-, me recordó el androide.

-¡Tienes razón!- Replicó mi hermana, con un brillo en sus ojos-. Así estaríamos todos interesados y contribuiríamos para la mejora de las comunidades. La idea de integrar a las personas indígenas del país en las universidades sería un paso hacia la igualdad y todos podríamos ser libres.

Las esperanzas por incluir esta cuestión era un verdadero reto, que comenzaba a tener forma pero había algo que me preocupaba: convencer a estas personas para colaborar en la recuperación de su cultura. Tenía que hablar con alguien que me ayudara con esto.

Una de aquellas noches, no podía dormir por lo que me levanté para ir al techo y tomar aire. Entre mis pensamientos, me inundaba la desesperación por ya tener algo para dar el paso final cuando de repente, alguien se sentó a mi lado:

-Piensas mucho. Deberías tener paciencia, que pronto ya obtendrás algo. Todas las cosas son posibles y están conectadas con el tiempo-. Dijo mi androide, que aún no tenía nombre para presentarlo a los demás.

-Es que a veces me deprimó pero tienes razón, porque yo misma he dicho esas cosas toda mi vida-, contesté sonriendo para mis adentros.

-Está bien, ambos percibimos las mismas cosas. Tu respuesta ya ha de estar viniendo hacia ti-. Dijo con una sonrisa de oreja a oreja, mientras me guiñaba un ojo. Estaba asustándome ya que no quería decirme algo, algo que él sabía. ¿Por qué?

-¿A qué te refieres con eso? No te entiendo. Algo estás ocultando,- le pregunté tajante. Él bajó de las escaleras del techo hasta la sala, y vi que la televisión estaba encendida. Lo que estaba transmitiendo no me lo podía creer: uno de los líderes indígenas llamado Malanáh, “el Creador” en totonaco, había mandado un mensaje de apoyo para los que estaban en el proyecto que yo estaba llevando a cabo. Su discurso me sorprendió al decir:

-“...ya tenemos recuperada nuestra cultura. Lo que necesitamos es inserción social y aprender con los demás, hemos estado olvidados al igual que otros pueblos pero estamos dispuestos a trabajar por igual...”- decía esto con un semblante alegre.

Me quedé perpleja, dándole la razón a mi androide que seguía con esa sonrisa de oreja a oreja.

-Lo siento, soy una tonta. Tienes toda la razón, debo hablar con ese señor Malanáh. Es la respuesta a todo.

-Entonces ve, te acompaño. Yo sé dónde está-. Sonó decidido ante mi respuesta, y era hora de averiguar lo que habían recuperado.

En la mañana tomamos un tren bala hacia Veracruz, mi lugar natal para encontrarme con Malanáh. La zona estaba rodeada de una muralla vigilada por RobCaps, la policía conformada por robots que ahora existía en el mundo. No podía creer lo que este señor había logrado conseguir para

mantenerse dentro de los beneficios tecnológicos y agrupar a las comunidades indígenas en un lugar más seguro. Las puertas se abrieron hasta que un robot nos recibió diciendo:

-Bienvenidos a Villa de la Vera, antigua Veracruz. El señor Malanáh los espera en el laboratorio de vigilancia. Síganme por favor.- Terminó diciendo mientras daba la vuelta y caminaba hasta el lugar.

-¿Por qué no pidió que nos identificáramos?- pregunté en voz baja.

-Yo mismo lo hice, por telepatía ID. No te preocupes.

Al llegar, todo era como una realidad fuera de otro mundo: pantallas satelitales, personas trabajando portando sus trajes típicos, hablando diversos dialectos, descargando memorias, recuerdos, voces, momentos de sus antepasados... y el señor Malanáh estaba frente a nosotros.

-Mah cualli xihualacan (*bienvenidos en náhuatl*),- apuntó con una voz alegre y acercándose hasta abrazarnos.

-Tlazohcamati miyac... muchas gracias-, respondió mi acompañante. Me sentía orgullosa por su desenvolvimiento en los dialectos. Para eso había sido diseñado también.

-He escuchado su propuesta y estoy dispuesto a colaborar. Nuestra población indígena de este país está lista para integrarse con los demás individuos. Disculpen con lo que dije, acerca de que estábamos olvidados.

Fue una especie de carnada para ver su interés, a veces me gusta analizar los actos de las personas.

-No se preocupe-, contesté sonriendo. Su actitud me había levantado los ánimos.

-Hemos obtenido tecnologías de última creación y para salvaguardar nuestras culturas y enseñanzas, construimos una Estela Madre capaz de concentrar los orígenes de nuestro pasado, incluso las comunidades extintas junto con sus lenguas. Las sociedades actuales y futuras tienen que conocerlas y valorarlas, pero sobre todo comprender el por qué de sus existencias. Déjenme mostrarles esta obra.

Nos dirigimos a un espacio muy extenso, una especie de altar donde se levantaba una edificación casi del tamaño de una montaña rusa. Estaba compuesta de jade puro, como una pantalla de cristal líquido. Si te acercabas, de esta sobresalían unas fibras luminosas que se adherían a la parte de tu frente directo al cerebro y ver el legado de nuestros antepasados.

-¿Qué ves?-. Esta vez el androide me preguntó con curiosidad, y yo lo acerqué para que observara y escuchara. Estaba maravillado.

-¡Señor Malanáh!- grité casi en un grito ahogado en lágrimas, -usted es maravilloso, en verdad... muchas gracias por ser tan valiente. Su trabajo es impecable.

-No agradezca, solo siga siendo la persona importante que siempre ha soñado ser. Usted también es maravillosa, como su compañero... el soñador que la impulsó a este sueño hecho realidad.

Mis ojos estaban llenos de lágrimas ya que procederíamos a replantear la educación superior, como un espacio intercultural verdadero donde no solo habría personas de distintos países, sino etnias y pueblos indígenas para compartir ideas, habilidades, experiencias y cultura entre sí.

Ese día llegué a casa abrazando a Zulen y a mi madre. El proyecto seguiría en pie, ya teniendo resuelta la idea de la conservación de las lenguas para integrarlas en las universidades que se abrirían pero, ¿por qué universidades?, ¿por qué no integrar una universidad global?

-Una universidad global es lo mejor que puedes soñar y lograr. Te apoyo en lo que decidas, para eso me tienes-, el androide decía al mismo tiempo que me abrazaba. Esto iba a ser un trabajo gratificante.

Cinco años después, 2049 y con 50 años de vida. Una fiesta de cumpleaños de nuevo, más amigos y conocidos, coworkers y familia presentes. El mundo estaba en su auge tecnológico y social, conviviendo con todas las personas sin importar su género, origen, religión, ideas... todos trabajaban por el bien común, mientras el gobierno seguía la pendiente de todos.

En las noticias, daba su informe acerca de la nueva Universidad Global que concentraba coworkers de los complejos escolares del mundo, etnias e

indígenas de todo el orbe. La universidad era un mundo virtual que por medio de hologramas y realidad virtual, podía reunir a todos los habitantes que la asistían, incluso pensaban construir espacios de investigación en Marte y la Luna. Todos aprendían y enseñaban por igual, defendiendo siempre el lema de "TEACH WITH LOVE AND FREEDOM".

Ese día, me llevé una sorpresa enorme: el señor Malanáh venía con aquel androide que me ayudaba en todo. Aun pensaba en un nombre para él, pero se había acostumbrado a mí.

-Le he traído un obsequio, los indígenas lo han hecho con amor para usted. Es un vestido color turquesa, su color favorito.

-Gracias, es muy bello- exclamé sonrojada, mientras ellos veían mi alegría por ello.

-También tiene otro regalo, que yo también le hice para su amigo-, añadió mirando hacia el androide-. Él mismo se lo dirá.

Se marchó hacia donde estaba mi mamá, Zulen y mi amigo Elir, con su esposa e hijos, sin mencionar a su androide Hélix que era el mejor amigo del mío.

-¿Cuál es ese regalo secreto?-, le pregunté a mi querido amigo.

-Un pastor alemán, tanto que querías uno desde los 20 años. Y aparte...

-¡Aparte qué!- necesitaba esa respuesta, fuera lo que fuera.

-Tengo un nuevo nombre: Manixnáh, el soñador en totonaco. ¿Te gusta?

-Es perfecto. Eres el mejor soñador que me ha ayudado a lograr mi sueño escondido-. Y al decir esto, miramos hacia el firmamento estrellado a la espera de un nuevo amanecer.